EL HOMBRE

SEMANARIO ANARQUISTA
Editado por la agrupación "El Hombre"
REDACCION Y ADMINISTRACION
DOMINGO ARAMBURU No. 1828

AÑO II | MONTEVIDEO, SABADO 19 DE OCTUBRE DE 1918 | (PORTE PAGO) | Núm. 104

GIROS Y CORRESPONDENCIA
: : : : A NOMBRE DE : : : :
ANDREA PAREDES

GUERRA Y PAZ

En estos días en que tanto se comentan las perspectivas de paz, convendría analizar un poco si los resultados de esta guerra—los actos punibles de los gobernantes, los actos criminales contra los hombres avanzados en todos los países en guerra, las inútiles desvastaciones y destrucciones por ambos grupos de beligerantes y, los millones de hombres jóvenes y fuertes sacrificados torpemente a la idea de patria—, compensan en algo los sacrificios que ha impuesto al mundo. Porque es necesario destruir la leyenda de que solo en Alemania imperaba el factor de la guerra y, que desde allí socamente partía el rayo de Marte. En cada gobierno constituído, residen gérmenes de guerra y en sus manos, están concentrados los posibilismos de una hecatombe mundial.

En la existencia de los gobiernos radica el verdadero peligro de las luchas como la que padece actualmente el mundo y es natural entonces que los anarquistas los responsabilicen una vez más de los males terribles de que son factores en el seno de los pueblos.

Ni aún en el caso de que por consecuencia de esta guerra surgiese un cambio fundamental en la organización política y económica de los paises en lucha y, una era de mayor libertad fuera inaugurada en el mundo, se justificaría esta infame carnicería humana, esta colección de horrores, solo explicables cuando descendemos con la imaginación a edades pretéritas, a la infancia del hombre, y lo contemplamos ignorante y bárbaro, viviendo en pleno salvajismo.

No hay mal mayor que la guerra, ni peste más terrible que ese ardor bélico que se apodera de las masas y las precipita bestialmente a un inútil sacrificio.

El poco amor a la propia vida y el no amor ni respeto por la vida de los otros, aporta a la humanidad tan graves males, como los que estamos presenciando desde hace más de cuatro años.

¿Y cual será el ocaso de este mal? ¿Dónde las bases definitivas de paz que de verdad restablezcan una relación armoniosa y amiga entre los pueblos?

Pronto va a cumplirse un año que Wilson presentó sus 14 cláusulas pacifistas, que ahora aceptan integramente los imperios Centrales, pero que no las sostienen quienes las propusieron. Esas clausulas, si hubiera un poco de amor a la vida de los hombres y un poco de responsabilidad, en los hombres de gobierno, hubieran traído la era de la calma, el cese de esta matanza innecesaria. Pero a los gobiernos no les importa la muerte de los hombres más fuertes de su país, lo que le importa es humillar al vencido, es saciar los deseos de rabiosa venganza, poseidos como están de furor homicida.

La guerra es esto: una lucha, un termento de pasiones delincuentes que se sobreponen a toda manifestación de cordura, a todo acto racional e inteligente.

Responsables de todo esto, directos, sin atenuantes, son los hombres que gobiernan, los hombres que tomaron y aún mantienen la iniciativa de la pelea sangrienta.

Alguno de entre ellos, para justificarse, vindicar esta guerra y darle un carácter libertador y progresivo, ha presentado tres objetivos que deben ser alcanzados antes de abandonar las armas.

«En primer lugar—decía Lloyd George, en Enero del año corriente hablando ante las organizaciones obreras—hay que restablecer la santidad de los tratados; en segundo lugar precisa obtener un arreglo territorial, basado en el derecho a la auto-decisión o en el consentimiento de los gobernados; y finalmente debemos buscar, mediante la creación de alguna organización internacional, el limite a la carga de los armamentos y la disminución de las probabilidades de la guerra».

«En estas condiciones—agregaba aquel político—el imperio Británico acogería la paz complacido; y para alcanzarlas, sus hijos están dispuestos a hacer mayores sacrificios todavía de los que han hecho hasta ahora.»

Así se hablaba cuando los aliados no habían alcanzado un dominio preponderante en los campos de batalla; ahora que esto último ha sucedido, en cambio de razones positivas como las que hemos transcripto, háblase de indemnizaciones crecidas que han de imponerse a los vencidos, y se refocilan los políticos bellacos anticipadamente por las destrucciones y males que pueden llevar los ejércitos vencedores a las comarcas prósperas de las naciones enemigas, del aniquilamiento de sus pueblos si resisten someterse incondicionalmente a las imposiciones de las potencias triunfantes.

Con todo esto, solo queda en lo alto una certidumbre: el ideal de la autonomía del hombre.

La anarquía, es el único progreso real, el único efectivo, por cuanto significa la liberación integral del individuo, por arriba de razas y de patrias, la rebeldía a todo sojuzgamiento y tiranía de uno o de muchos hombres. Con la anarquía, llegamos al ocaso de los gobiernos, a la desaparición radical del despotismo, a la afirmación de la soberanía del hombre en el mundo.

Para el anarquista no hay alemanes mejores que franceses, ni ingleses mejores que turcos, ni rusos, ni italianos, ni chinos, ni americanos; hay hombres simplemente, hombres que pueblan el orbe, que sienten, que aman, que tienen derecho a la vida, a la vida amplia y libre, que tienen el derecho natural de disponer de sí mismos como les plazca.

El pic nic de "El Hombre" debe ser un exponente de la cultura anarquista.

El arbitraje obligatorio

Políticos sin duda han de ser quienes defienden el arbitraje obligatorio en los conflictos entre el capital y el trabajo. Políticos y parásitos, que intencionan paralizar la acción reinvindicadora del proletariado y contener la conquista de sus reales mejoras económicas, conjuntamente con la valorización de la personalidad del obrero, no siempre respetada como se debe por el capitalista.

Pero torpe es el empeño, y fracasado será sin duda alguna. Los trabajadores jamás acatarán disposiciones que le cierren el camino de sus luchas, ni permitirán que se amputen sus derechos y atribuciones sociales.

El capitalismo ha de sufrir la suerte que le está deparada. Si es inútil en el medio social, si cumple una función innecesaria y se nutre a expensas de las fuerzas vivas del trabajo, es de esperar que este le elimine algun día emancipándose radicalmente de su tutelaje y disciplina.

No hay ningún obrero que levante su voz en favor del arbitraje; todo lo que se dice y se propaga viene del campo enemigo, del campo de la burguesía.

¿Y pueden los burgueses buscar conscientemente algo que vaya contra sus intereses y que favorezca los intereses antagónicos a los suyos?...

Se comprende sin esfuerzo que no, que si algo traman, si algo se esfuerzan por imponer es porque en ello le va una conveniencia positiva y un beneficio real.

Ahora, pues, que vuelve a agitarse la cuestión del arbitraje obligatorio contenido en el proyecto de ley de huelgas de Salgado, conviene estar alerta y combatirlo a tiempo, por más que estamos seguros de la imposibilidad de su aplicación.

La ley de arbitraje como la que pretende negarle el derecho de huelga a los obreros del Estado, son torpezas políticas de políticos imbéciles, que no se han preocupado nunca de conocer a fondo el espíritu de los hombres de trabajo, cuales son sus ideas y a cuanto importan sus fuerzas como valor social.

Si hubieran hecho esto, no se sindicarían como enemigos del proletariado, ni harían el feo papel de quedar en ridículo ante el mundo al intentar imponer dos leyes que son consideradas, en los tiempos que corren, como atentados al derecho y a la vida del proletariado.

El cuento de la paz

Mucho han sonado las bocinas de la prensa anunciando y celebrando probabilidades de paz, noticias de la capitulación de Alemania y de la abdicación del Kaiser. Y los aliadófilos se han lanzado por las calles vociferando palabras de victoria, y aclamando a las figuras representativas del gran crimen. Mas luego el desmentido, la enmienda, ha caído sobre las masas como un balde de agua fría, sosegando las exaltadas imaginaciones movidas, más que por un sentimiento humanitario, por las parcialidades exitistas.

Es que el frío y miserable juego de bolsa, los manipuleos criminales de los poderosos agiotistas, por centésima vez en el transcurso de la gran tragedia han movido a su antojo las conciencias, embaucándolas y sorprendiéndolas con los noticiones que por sus transcendencias en los círculos comerciales influyen para el lucro y la usura. No ha tenido otro móvil ese famoso telegrama de Amsterdam rectificado desde Londres una hora después.

Es la parte de engaño, de alta comedia, de embaucamiento miserable que le toca a los espectadores de la guerra, así como a los actores. A los soldados les toca la ilusión de luchar por libertades y justicias que nunca concederán los capitalistas, dueños del mundo, egoistas y ladrones tanto en la paz como en la guerra.

Velando por la moral

Nuestro próximo pic-nic

En cualquier parte que nos hallemos, serán nuestras acciones las que pongamos como ejemplo. No en balde, luchamos por la perfección del hombre; que es a la postre nuestra propia perfección.

Dicho esto, casi estaría demás el afirmar que el pic-nic que tenemos proyectado, debe ser el fiel reflejo de la moral de los anarquistas; ya que por ellos y para ellos será realizado.

No llega, pues, ni siquiera a rozarnos el adjetivo de «moralistas». Más bien: ello nos trae el orgullo de ser los iniciadores de una obra sana.

Nuestra aspiración, nuestra única aspiración es moralizar todo aquellos que sea factible de mejoramiento. Y esto creemos conseguirlo. Confiamos en que los camaradas no han de poner reparos en centésimo más o menos, a condición de que el pic-nic, resulte un acto agradable.

Comité pro-presos

Ha quedado reorganizada esta importante institución. Es necesario ahora que todos le presten su concurso económico y moral, para que su actividad no sea estéril y pueda cumplir ampliamente sus fines.

Algunas veladas y también un buen Pic-nic podrían darse a su total beneficio, en la seguridad de que con ella se haría obra buena.

***

EL CONGRESO OBRERO

¿Por qué el Consejo Federal de la F. O. R. U., no organiza el Congreso Obrero?

Cada día que pasa, es un día perdido para la organización. El descuido de los problemas obreros, es un crimen de los trabajadores más conscientes.

Las ideas de Stirner

EL ESTADO

A. *Juntamente con el Derecho, tiene necesariamente que proscribir* STIRNER *de un modo absoluto la institución jurídica que recibe el nombre de Estado.* Sin derecho no es posible el Estado. «¡Reverencia a la ley! Tal es el cemento con que se mantiene unido el todo político».

Tampoco existe el Estado porque el individuo reconozca necesaria la existencia del mismo para su bienestar, sino por considerarlo sagrado, porque «caemos en el error de creer que sea un yo, algo a lo que aplicamos el nombre de «persona moral, mística o política». Es preciso que yo, que soy efectivamente yo, arranque esa piel de león de yo con que se pavonea arrogante el comedor de cardos». Del Estado hay que decir lo mismo que de la familia. «Si la familia ha de ser reconocida y respetada en su existencia por todos y cada uno de sus componentes, es necesario que el vínculo de la sangre sea sagrado para ellos, y que el sentimiento de que se hallen animados a este efecto sea el de la piedad, el de respeto a los lazos de la sangre, mediante lo cual cada uno de los parientes consanguíneos se convierte en cosa sagrada. Del propio modo, para todos y cada uno de los miembros de la comunidad política es preciso que sea sagrada esta comunidad, y que igualmente sea para ellos el concepto supremo el que lo es para el Estado». Y el Estado, «no solo tiene facultades para exigir esto, sino que está obligado a hacerlo.

Pero el Estado no es una cosa sagrada. «La conducta del Estado es la violencia, y mientras al ejercicio de ésta por parte del Estado la llama él mismo «Derecho», al ejercicio de la violencia por el individuo le da el nombre de «delito». Si no hago lo que él quiere, «el Estado dirige contra mí con todas sus fuerzas sus garras de león y sus uñas de águila»; pues es el rey de los animales, es león y es águila» Si os imponéis al enemigo también por la fuerza, no sois para él una autoridad sagrada, pues debería ser un ladrón. No os debe respeto ni estimación, aun cuando él se haga estimar y respetar ante vuestro poder».

El Estado no es tampoco necesario para el bienestar del individuo. «Yo soy el enemigo mortal del Estado»: «El bienestar común, como tal, no es mi bienestar, sino el ápice más extremo de la propia abnegación. El bienestar común puede prosperar grandemente, mientras que yo tengo que estar «humillado»; el Estado puede adquirir esplendor, mientras yo carezco de lo necesario». «Todo Estado es un despotismo, sean los déspotas uno o muchos; sea que—como puede uno pensar perfectamente de una república—todos sean señores, es decir, que cada uno sea déspota de los demás». «El Estado deja que los individuos desplieguen su actividad todo lo más libremente posible: pero no deben hacer cosas graves; no deben olvidarle a él. El Estado no tiene nunca más fin que el de poner trabas a los individuos, amansarlos, subordinarlos, convertirlos en súbditos de alguna cosa general; y no subsiste sino mientras el individuo no es todo en todas las cosas, ni significa más que la indudable y claramente marcada limitación de mí, mis ligaduras, mi esclavitud».

«Jamás se propone como fin el Estado fomentar la actividad libre del individuo, sino exclusivamente la actividad ligada a los fines políticos». «El Estado procura impedir toda actividad libre por medio de su censura, su prepotencia, su policía, y considera el hacerlo así como obligación suya, por ser efectivamente obligación de la propia conservación». «Yo no estoy obligado a prestar todo cuanto pueda prestar, sino exclusivamente tanto como el Estado permite; no debo hacer valer mis ideas, ni mi trabajo, ni en general nada de lo mío». «El pauperismo consiste en que no se me dé valor a mí; es el fenómeno derivado de no poderme yo hacer valer. Por lo cual Estado y pauperismo es una misma cosa.

El Estado no puede consentir que se manifieste mi valor, y no existe sino a causa de esta falta de valor de mí; en todo tiempo ha venido a ser un medio de sacar utilidad de mí, es decir, de explotarme, de expoliarme, de consumir mis fuerzas, no consistiendo tampoco este consumo sino en que yo cuide de una prole (proletariado); el Estado quiere que sea yo «criatura suya».

«El Estado no puede sufrir que el hombre mantenga relaciones directas con el hombre; se cree obligado a interponerse como... medianero, a... intervenir. Aparta al hombre del hombre para colocarse en medio de ellos como «espíritu». Los trabajadores que aspiran a ganar altos salarios son tratados como delincuentes tan pronto como quieran hacer uso de la coacción para ello. ¿Qué camino han de tomar? Sin la coacción no consiguen lo que buscan, y la coacción la considera el Estado como un medio de propio auxilio, como una fijación de precios establecida por el yo, como un modo de hacer valer éste su propiedad libre y efectivamente, modo que el Estado no puede consentir».

B. *El bienestar propio de cada hombre exige que, en lugar del Estado, se establezca un género de vida social en el que los hombres vivan unidos, guiándose sólo por los preceptos de ese bienestar.*— Este modo de vida social lo llama Stirner «la Unión de egoístas».

1. Aun después de abolido el Estado, deben los hombres seguir viviendo en sociedad. «Los particulares lucharán por la unidad querida por ellos, por la Unión». Pero, qué es lo que deberá existir en la Unión de los hombres?

Nunca promesas. «Si yo estuviese ligado a mi voluntad de ayer para hoy y para lo sucesivo, mi voluntad se congelaría. Mi creatura, esto es, una determinada manifestación de mi voluntad, habría llegado a convertirse en mi dueño. Porque ayer hubiera sido un loco, tendría que continuar siéndolo de por vida.» La Unión es propia creación mía, es creatura mía; no es cosa sagrada, no es una fuerza espiritual que se halle sobre mi espíritu, como no lo es tampoco ninguna asociación, de cualquiera clase que ella sea. Así como yo no puedo ser un esclavo de mis máximas, sino que éstas se hallan continuamente expuestas a mi crítica, sin que las ampare especie ninguna de garantía ni haya caución alguna que asegure la continuación de ellas, del propio modo, y aun con mayor motivo, tampoco me ha comprometido para lo futuro con la Unión, ni la he conjurado mi alma, cual se hace con el diablo y cual se hace también de hecho con el Estado y con todas las autoridades espirituales, sino que soy y sigo siendo para mí más que lo que pueden ser el Estado, la Iglesia, Dios, etc., y, por consecuencia, soy y sigo siendo infinitamente más que la Unión.»

Los hombres deberán disfrutar en la Unión de las ventajas que cada uno de ellos obtenga en cada momento dentro de la misma. Cuando «puedo utilizar a mi coasociado, yo y sólo yo me entiendo con él para aumentar mi fuerza mediante el acuerdo, y para prestar, por el poder común, más de lo que aisladamente podríamos prestar. Yo no veo en esta comunidad absolutamente nada más que una multiplicación de mi fuerza, y sólo la conservo en tanto que multiplico mi fuerza.»

Por donde se ve que la Unión es cosa completamente distinta de «aquella sociedad que pretende fundar el comunismo». «En la Unión depositas toda tu fuerza, todo tu patrimonio, y te haces valer; en la sociedad tienes que emplearte tú con tu fuerza de trabajo: en la una vivirás egoístamente; en la otra, humanamente, es decir, religiosamente, como un «miembro del cuerpo de este señor»: a la sociedad le eres deudor de lo que tienes, y le estás obligado; estás... poseído de «obligaciones sociales»; a la Unión la utilizas tú, y renuncias a ella y la abandonas, sin faltar por ello a la fidelidad ni a obligación alguna, cuando creas que ya no puedes sacar ninguna utilidad de la misma. La sociedad es más que tú y se halla sobre tí; la Unión es sólo tu instrumento, la espada con la cual aumentas y vigorizas tus naturales fuerzas; la Unión existe por ti y para tí; por el contrario, la sociedad exige de tí y existe aun sin tí: en una palabra, la sociedad es sagrada; la Unión es propia tuya: la sociedad consume de tí; de la Unión consumes tú».

2. Pero, ¿de qué manera podrá organizarse detalladamente semejante convivencia social? Stirner oponía a su crítico, Moisés Hess, algunos ejemplos de Uniones ya existentes.

«Quizá en este momento corren por delante de su ventana los niños jugando a un juego de compañeros; los ve y contempla la alegre Unión egoísta. Quizá tenga Hess un amigo o una amante; si así es, podrá convencerse de cómo los corazones se encuentran, de cómo se han unido egoístamente ambos para utilizarse el uno al otro, y cómo ninguno de ellos «lleva en esto peor parte que el otro». Quizá se tropieza en la calle con un par de buenas personas, conocidas suyas, a quienes invita a que le acompañen al café; ¿va con ellas para demostrarles su afecto y cariño, o se «une» a ellas porque en hacerlo encuentra goce? ¿Han de agradecerle bonitamente las mismas el «sacrificio» que hace, o están persuadidas de que por unos momentos han formado una «sociedad egoísta»?. Stirner pensaba en que se contituyera precisamente «una Unión alemana».

Pablo Eltzbacher.

Las lecciones de la guerra

Primero, era posible asegurar la victoria de un pueblo sobre otro por medio de la espada. Ahora, ya no piensan así quienes tal afirmaron. De ayer a hoy, han sucedido varias transformaciones en la mentalidad y en las ideas de algunos gobernantes.

Primero, eran los alemanes y austriacos quienes proclamaban que el mejor derecho era la fuerza y la mejor ley era la espada. Ahora, hablan así, los aliados.

¿A que se debe el cambio?

Débese a que la seguridad de dominar, la perspectiva de vencer en esta guerra es hoy de los aliados, como lo era ayer de los imperios centrales.

Cuando iban bien las cosas para Alemania, el Kaiser decía, que abriría con su espada un camino para la paz victoriosa en Occidente, como había hecho en Rusia.

¿Van mal ahora? Pués hablan de que es necesario restaurar el derecho, por una paz duradera, obtenida por el concurso de las armas, es ya imposible.

En general, los gobernantes de ambos bandos, hacen mangas y capirotes con el pueblo. Después que han caído para siempre millones de seres, se nos dice que esta guerra no soluciona nada, no aporta ninguna ventaja para unos ni para otros, y que lo mejor sería volver al estado de cosas anterior.

En verdad, que causa indignación semejante cinismo gubernativo.

Pero si los gobernantes quieren volver al estado de cosas anterior, los pueblos no deben permitirlo.

Los pueblos más avanzados, los hombres más conscientes tienen un propósito que defender, una obligación que cumplir, y ello es en síntesis, lo siguiente:

1.o Suprimir el militarismo. Anularlo, no permitirlo bajo ninguna condición ni disfraz.

2.o Eliminar a los gobiernos, por lo menos tal cual están hoy organizados. Procurar que los pueblos se organicen para las funciones sociales en un orden gremial, según sus gustos y aptitudes.

3.o Adoptar los procedimientos de trabajo que han sido utilizados para la guerra, en un orden de paz. Abolir toda dictadura, todo poder coercitivo, que desnaturaliza las democracias.

4.o Establecer un contralor efectivo sobre todos aquellos que intenten constituir una organización cualquiera, que sea susceptible de transformarse con el tiempo en una entidad militar. Un organismo militar, es siempre enemigo de la paz, un principio de guerra. Los que estimen la paz, los que respeten la vida de los hombres, no pueden tolerar aquello que puede llevar a los pueblos hasta el crimen del militarismo.

5.o La organización comunal, la red de municipios, es la primera organización que debe reemplazar al sistema imperante. Es el primer paso. Los municipios, son los soviets verdaderos; pero sin guardia roja, sin guardia amarilla ni verde, sin ningún organismo militar y de fuerza.

Si la paz trajera esto, los pueblos demostrarían cordura; pero quizás nos traigan, en cambio, una mejor industria guerrera.

Independencia

Si bien algunos hombres han llegado a los umbrales de una civilización humana, luchando por la independencia del individuo, por su progreso, por su civilización al margen de todo imperativo colectivista y gregario, hay que reconocer también que la inmensa mayoría permanece en la era del clan, en plena organización social que revive cada día la era de la tribu, en las ideas prácticas, en las creencias, en las pasiones y sentimientos dominantes.

Si el progreso es diferenciación, es independencia creciente, es personalidad cada vez mejor definida y consciente, debemos reconocer que muy poco se trabajan en la especie los valores diferenciales, los atributos de ese progreso.

Los hombres no son tales. Son elementos de una colectividad tal o cual.

Partidarios de la idea A o de la idea B. Pero partidarios como elementos integrales del partide, no partidarios, en virtud de examen de conciencia, en resultado de un análisis racional y por un proceso de inteligencia.

De los hombres que, por arriba de todas las cosas y conveniencias quieren conservar celosamente su independencia; quieren mantenerse en una situación que le permita ejercitar sus deberes de personalidad, en un todo integral, de ellos puede decirse que progresan, que están en el buen camino.

El hombre que no defiende la libertad de opinión, que se embandera, que se pone encima una etiqueta colectiva, es un elemento de dependencia, aunque se titule a sí mismo de libertario.

La tradición revolucionaria

Los pueblos que se han aferrado a la tradición, han quedado cristalizados en un pasado obscuro, y su civilización es un anacronismo ante la civilización de la época.

La tradición no puede seguirse ciegamente. Ella, como todas las cosas, debe ser objeto de una prolija selección: hay que dejar todas aquellas costumbres, creencias, dictados morales, que nuestra época rechaza por ser inútiles para nuestro desenvolvimiento.

En el campo de las concepciones sociológicas debe observarse el mismo temperamento: pretender hoy pensar con el mismo criterio de Miguel Bakunine, es pretender ir hacia lo imposible, es exponerse al ridículo.

Bakunine creía, en su época, que los pueblos de Europa estaban perfectamente preparados para transformar violentamente la sociedad capitalista en sociedad productora. Con el tiempo y la experiencia, esa transformación no aparece factible antes los hombres de estudio, y por ende ya no se preconiza. El mismo Bakunine, si hoy existiese, se percataría de su error y no persistiría en su táctica, pues esforzarnos en mantener esa misma tradición revolucionaria es ir al suicidio, a la muerte.

Kropotkine que afirmaba hace veinte años, que la Revolución Social sería un hecho dentro de diez años, háse visto obligado a rectificar su juicio y prolongar la famosa Revolución hasta el infinito.

El estado en vez de perder fuerza va adquiriéndola. Y este fenómeno no debe mirarse, por parte nuestra, con indiferencia; esa indiferencia es inconsciencia, cuando no, es criminal. Los tránstugas no son simplemente tránsfugas por una conveniencia mezquina; hay tránstugas dignos de todo respeto. Su cambio está basado sobre un proceso psicológico perfectamente razonable.

En vez de obstinarse en querer perpetuar una táctica sin ningún resultado práctico, lo que debe hacerse es pensar en otra más adecuada a la época y más en consonancia con los hechos del momento histórico.

Da lástima ver a la juventud obrera y revolucionaria persistir en una táctica absolutamente anacrónica. Parece que se nos ha resblandecido esa materia gris que hace forjar nuevas orientaciones a los pueblos oprimidos.

Hace más de doce años que las huelgas ya no asustan a nadie, y sin embargo, por quítame allá esas pajas, se promueve un movimiento de huelga general revolucionaria.

Oreste Ristori, después de los sucesos de 1902, dijo en «L'Avvenire», que habría que pensar en otra forma de lucha, porque la huelga, como arma política era contraproducente. Hoy se repite con una inocencia desesperante, como un estribillo monótono, que la única arma de combate es la huelga.

En todo se piensa, menos en formarse un carácter propio. Nadie se observa a sí mismo, para ver si su palabra está de acuerdo con su convicción íntima, con su modo de ser, de sentir...

Todos quieren usar un arma de exteriorización de fuerza, que en sí no existe. Ante que todo eso, hay que pensar en la reconstrucción individual, humana y social.

El hombre debe rehacerse. Las sociedades deben orientarse por otro sendero menos tortuoso, no llevando la tradición a cuestas, sino mirando el presente con todas sus dificultades para preparar así un porvenir completamente humano y absolutamente realizable.

Las épocas de las utopías están declinando. La concepción positivista es la única concepción realmente sensata y práctica.

Ser anarquista no es ser arisco; ser anarquista es ser hombre. Y el hombre no debe esperar a serlo mañana, sino hoy, porque mientras espera, el hombre se vuelve niño, y al niño será menester meterlo en un andador para que ande.

Los anarquistas sólo pueden ser tales cuando todas sus facultades estén perfectamente equilibradas para imponerse ante al mundo. El sueño hay que dejarlo para los poetas. Los luchadores sino quieren perder su equilibrio deben tener despierta su inteligencia y no ofuscarla entreteniéndose con una fantasía cualquiera.

Pensar hoy en una transformación social por medio de una formidable revolución, es un absurdo y un engaño. Será todo un sueño sublime eso de ver aparecer sobre los escombros de un incendio, la sociedad ideal que nos pintara Morris o Bellami, pero jamás una realidad. La realidad es que la sociedad no puede transformarse repentinamente: miles de años pasarán aún y el hombre luchará contra el hombre continuamente. Demos tregua al sufrimiento humano. Eduquemos! Ya llegará la hecatombe! Mejor dicho, a cada instante la hecatombe se nos presenta: una injusticia, una ofensa producen un estallido. Ese estallido es una hecatombe. Pero ese estallido es espontáneo, oportuno, rápido: se impone.

Sólo así se consigue la hecatombe.

Prepararla, soñarla, quererla; es un daño que se produce. Es como la guerra, ella es criminosa, así la guerra social. La vida no puede mirarse solamente por el lado del sufrimiento. El hombre debe tender a gozar, porque el sufrimiento viene de por sí, está en el aire que se respira, está en la sangre que alimenta nuestra vida, está en el amor como en la muerte.

La educación del placer equilibra el dolor. No lo hagamos más persistente descuidando la educación del placer para cristalizarnos en la letra muerta de una tradición de lágrimas y de sangre.

Tal es nuestra tradición!

SANTIAGO LOCASCIO

Lo que es la Nación

No se habla, entonces, del hombre. Allí impera la idea de nación y de raza; no se cultivan valores de independencia en el arte, en la ciencia, en la filosofía; sino la centralización, la disciplina y el orden.

El hombre, está por abajo de la nacionalidad, la patria, vale por sobre todo. Es la tradición de la estirpe, la cultura, las ideas comunes, en fin toda la riqueza colectiva, contenida en la definición de Patria.

El hombre, no puede hablar en su nombre, ni en el nombre de otros hombres. Es entendido, si habla como francés, como alemán, como inglés; pero no se le comprende, si habla en nombre propio, como hombre, como un ciudadano del mundo.

Y dentro de la nación pasa otro tanto. El hombre se le oye y clasifica en un orden partidario, como liberal, conservador, socialista, católico, reaccionario, obrerista y hasta anarquista; pero no se le interpreta bien si se prescinde de la etiqueta colectiva.

Si, si; la etiqueta colectiva para todo, sean actividades o sean ideas, las que se manifiesten en la nación.

El hombre, entendido como una entidad responsable y libre, como un ser integral, no lo admite la nación.

Generalidades

LO COLECTIVO

El progreso de la humanidad es lento y torpe; camina a paso de tortuga en todo aquello que tiene relación con la independencia del hombre, con la belleza, la bondad y la idea de justicia.

Los hombres no se entienden en un plano de tales. No se sienten hermanos de especie, sino que se ponen etiquetas de raza y dejan que gane su corazón el orgullo que es el padre del odio contra el vecino, llenando el mundo de separaciones artificiales, de barreras caprichosas, de patrias absurdas.

Los hombres, una vez colocados en este plano no son tales, sino que forman pueblos, constitúyense en rebaños humanos, elevan la patria, como en otra ora se elevó a la tribu, al primero de los rangos ideales, y piensan, sienten, aman y odian en colectivo.

En el camino del hombre, considerado como entidad consciente, muy poco se ha avanzado desgraciadamente. La ideas que triunfan, que dominan, son ideas de colectividad, de masa, de mayoría; no son las ideas de la independencia, de la autonomía del hombre.

La voz dominante en esta solemne hora histórica, es la voz de los pueblos, la voz de las patrias; no es la voz de los hombres libres, de los hombres de carácter independiente, con personalidad definida.

FUERTES Y LIBRES

Un hombre que se estima a sí mismo no acepta, sin analizar previamente su contenido, ninguna idea por bella que parezca a simple vista.

El gran mal que padece la humanidad, es el de aceptar todo cuanto se le regale o se le dicte, por estúpido e irrazonable que resulte La guerra, que es una monstruosidad, ha sido no obstante una idea dominante en el pueblo germano, una aspiración vital de la raza, un anhelo nacionalista.

Las religiones más absurdas y los cultos más estravagantes, tienen cultores y adeptos a millares, periódicos, templos y objetos de culto, lo que indica que el ser humano es un perezoso mental de primer orden, un gran torpe que en muchos aspectos confina con la más baja animalidad.

La idea de rebaño, la noción de pueblo, la predilección que siente el hombre por todo lo gregario y colectivo, es también uno de los grandes obstáculos para su progreso, porque vive subordinado a la opinión de la mayoría, eternamente dependiente de la voluntad colectiva. Sus ideas y sentimientos personales nada valen ante las resoluciones provenientes de la colectividad, ante lo que se llama voluntad de la Nación, voluntad del partido, resolución de la agrupación.

Si la Nación quiere la guerra, el hombre ha de ser un guerrero; si él quiere la guerra y la mayoría social quiere la paz, debe ser pacifista. Su derecho, no va nunca más allá de lo que puede su fuerza de hombre, contra una fuerza constituída por muchos hombres; porque en un mundo organizado a base de estas fuerzas colectivas no hay lugar para el respeto de la voluntad individual, no hay el criterio libertario que garante a cada hombre la integridad de su pensamiento y el reconocimiento de su derecho de autonomía.

LA COMUNIDAD

Los hombres, nos dicen los sociólogos y psiquietros de todo calibre, no pueden vivir sin estar organizados, disciplinadas sus actividades y centralizadas sus funciones de orden colectivo.

De cualquier modo que se orga-

nice la sociedad, confirman, siempre habrá que disponer las cosas de un modo conveniente a fin de que los mejores tengan ingerencia directa en la ordenación y mejor funcionamiento de las diversas fuerzas sociales, como así utilizar las diferenciales aptitudes de los hombres en un objetivo de beneficio común. Remarcado tenémoslo en la evidente unificación de procedimientos que sigue toda colectividad en formación; primero, creando sus estatutos, elaborando y sistematizando sus fuerzas y recién después enunciando sus finalismos.

Donde la comunidad habla, no se oye la voz del progreso del hombre.

La comunidad, traénos a la mente un recuerdo de lo pretérito, el punto de partida de la especie. En cualquier modo que se mire, es una viciosa uniformidad, una tendencia a la pereza, a la quietud, a la paz orgánica de las moléculas sociales. En la comunidad, perece todo concepto individual característico de progreso y civilización humana, huyen los conceptos de independencia, se malea la vida en la vulgaridad y chatura de una tranquilidad anuladora donde no surge una nota más alta que otra, una diferencialidad salvadora, un desentono con el medio que aporte un conflicto y cree con él, un calor revolucionario, un hálito de vida.

Una comunidad bien constituida, es equivalente a un guijarro, es un conjunto de moléculas idénticas, donde no surge nunca un movimiento de oposición, un conflicto de unas para otras, una actividad de choque que es calor, luz y vida en todos los planos universales.

Contra la comunidad, han llegado los anarquistas. Son ellos, los que valoran al hombre por encima de todo lo colectivo; son ellos los que sobreponen la actividad del individuo por arriba de las condiciones estáticas de toda naturaleza; son ellos, los que introduciendo al hombre libre en el seno de la comunidad, la disgregan, la descomponen en beneficio del progreso de la vida; son ellos un eterno motivo de choque, los inquietadores en todos los medios sociales, los revolucionarios contra todos los sistemas; son ellos, las fuerzas nuevas, las energías libres que trabajan el progreso.

El inconsecuente y cínico

¿Qué objeto te anima a llamarte lo que en tu práctica niegas? ¿Son así los principios de los cuales te llamas cultor y propulsador? No tienes pudor. Eres tan cobarde, que no muestras a los hombres tu hombría... ¿Porqué? ¡Ah, el armazón de carne, ciudadela defensiva de todo audaz!

Yo sé que te das cuenta de que el cinismo no tiene enemigo alguno en tu alma; la honradez de conciencia la ignoras; no forma parte de tu hombría. Pero tú crees que le interesa si soy o no sincero a los hombres. Yo creo que es lo que menos les importa. Para ellos, la simulación de que dentro de mi rugen todas sus tormentas angustiadoras del hombre y de la miseria, redentor de ellos en escritos y palabras, la sinceridad de que me halaguen, me aplaudan y comenten aquí y allá... que es como toma frondosidad mi persona. Mi frondosidad rechazará la escrutadora mirada psicológica que podría secar la humedad a mis raíces amoldables en todo ambiente.

¿Para qué te llamas anarquista, socialista, sindicalista si no haz de llenar esos sustantivos con tu conducta moral? ¿Qué diablos entenderás tú por esto?...

Llamándote anarquista, socialista, sindicalista, eres, sintetizando esto, un factor de progreso. ¿Cumples tú eso?.. Un hombre de esos aborrece la delincuencia horrorosa de los de arriba, el sometimiento humillante de los de abajo, los vicios y costumbres inmorales, las degeneraciones todas, y por lo tanto procura su supresión. ¿Haces tú así? No, no lo haces. Unicamente si así lo hicieras, practicarías los anhelos de tu anarquismo, de tu socialismo, de tu sindicalismo; porque tus prácticas, serían el ejemplo virtual del maestro, el polen progresista, el cual le hablaría a los hombres al espíritu y en ellos trabajaría el entendimiento. Así serías en verdad un factor de progreso.

Luis Cuervo.

Puntos de vista

EL SACRIFICIO

Nuestro campo fecundo en producir adalides, es también el más predispuesto a mantener malas hierbas. Hierbas viciosas que tomando corpulencias de arbustos, tratan de arrollar con su fronda el producto de la labor sana.

¿Dónde reside la esencia del sacrificio? «En el sacrificio mismo», contestará alguién. Pues, es éste el tópico a tratar. El esfuerzo colectivo, inquieto y perseverante, de multiplicar la acción de mejoramiento humano, es el invadido por una gangrena moral que lo empequeñeze y lo desprestigia. Las ideas anarquistas necesitan de hombres íntegros, un verdadero factor moral, capaces de mantener en alto el láboro rojo de la creencia, para que así, los legionarios puedan erguir la frente y mirar cara a cara el sol, en complemento de orgullo y de triunfo.

Pero por un hecho que tiene su esplicación, vegetan en los sitiales, los parásitos de un sacrificio que es toda una denigración. Es ésta la fístula moral que registran nuestros preciosos valores. Fístula que con sus tentáculos se aferra más y más a nuestro cuerpo, tratando de imponerse, como lo inútil trata de hacerse indispensable. Son los entes atollados de petulancia. Son los pedantes airiosos que se titulan anarquistas, haciendo del Verbo un título, cuando es un sentimiento innoto. Que apocan y miran desdeñosamente la contribución genuina y honrada, de los individuos que no se prestan a ser masa de sus procedimientos.

Entendemos que el «sacrificio», es el sacrificio en toda la acepción del vocablo, pero no el sacrificarse en medrar a la sombra del sacrificio..... de los demás.

Tiene fuerza de lema eso de «preocuparse por la obra y nó por el individuo», pero ésto suma una funesta tolerancia.

Su perjuicio es vidente. Sus frutos son tangibles; tocadlos con vuestras manos, observarlos con vuestros ojos. Son ellos, los «sacrificados»...

ABELARDO ESPINOSA

Chile.

Las virtudes burguesas

EL AHORRO

Hay una superstición de la que aún no nos hemos curado: la superstición del dinero.

No nos sentimos valientes, no nos sentimos viriles, no nos sentimos hombres, si no tenemos dinero en el bolsillo.

Nos parece que llevamos en el rostro, el pregón de nuesta bolsa exhausta; somos, en esas circunstancias, incapaces de toda soberbia, de toda acometividad; somos humildes... Pisamos de distinta manera; nuestra voz suena de un modo particular, como pidiendo permiso para vibrar, y en ese vergonzoso aplastamiento de nuestro espíritu no encontramos aliento para nada... Hasta para cortejar a una mujer hay que llevar un peso en el bolsillo!

Y cuando no lo llevamos,—hombres sin propiedad—estamos propensos a que se nos juzgue peligrosos; como elementos de perturbación social.

Todos los rostros se fijan en nosotros con desconfianza, al adivinar nuestra angustiosa situación de anti-sociales.

Oh! Que poder el de las miradas, que ven hasta el fondo de nuestras inútiles bolsas! Notamos como, hasta el vigilante de la esquina se vuelve para mirarnos, y sentimos su mirada indagadora clavada en la espalda, que nos sigue hasta perdernos de vista...

Y allá vamos nosotros, calle arriba, apurados y avergonzados: ¡Así somos de cobardes!

Por eso, el ahorro es una virtud en el evangelio de miles, y en el evangelio de todos, hasta de los que no la practican, porque su miseria es tanta que no cabe en ella esa otra miseria: el ahorro:

¿Pero es que un hombre, por sí mismo, nada vale? Nada, absolutamente nada, si no tiene algo de su propiedad; aunque sea la momentánea propiedad de un peso, producto de su esfuerzo muscular o intelectual de la jornada. Y si este hombre no se resigna a pasar todos los días un poco de miseria, (esto en burgués se llama ser previsor) para ahorrar una parte de esa propiedad, la sociedad lo arrojará como a su sobra, el día que no pueda dar más de sí; o lo hará a un lado con indiferencia, en los momentos que no le sea preciso su esfuerzo.

Y el hombre angustiado, por el temor de ser anulado como valor social, procura crearse una propiedad que lo haga real... Y así vemos la senda del ahorro, trillada por los pobres y débiles espíritus, que no aciertan a crearse otro valor social que el de la propiedad.

Y en ésta forma se van gestando los burgueses más repulsivos, los más recalcitrantes amigos del orden: fámulos y lacayos convertidos en señores.

Cuando todavía no han llegado, cuando aún están laborando de hormigas, suelen predicar su panacea que sirve para todos; oidlos:

¿Cómo queréis ganar las huelgas, si no teniendo hábitos de economía, no habeis sido capaces de reunir un fondo como para subvenir a las necesidades del momento? ¿No véis que cohibidos por la necesidad tendreis que humillaros al patrono y pasar por todas las vilezas?

He aquí la predicación de la virtud burguesa, virtud de topos y de orugas: ¡menguados espíritus que tienen la altivez en el bolsillo! Muy caro es levantar la frente una vez, si ello se ha conseguido a costa de largas privaciones.

Son otros los valores que deben hacer digno al hombre. Debemos sentirnos valer por nosotros mismos, y no por lo que tenemos; nuestro orgullo ha de venirnos de lo íntimo, y no estribar nuestra altivez en la posesión de un peso.

Los sostenedores del régimen de injusticia y usurpación, no son tanto los que nacieron en la riqueza y no han conocido otra cosa que el lujo, como los que después de haber pasado por todas las ruindades, por todas las sumisiones, por todas las vilezas, han conseguido reunir el peculio suficiente para vivir olgando. Estos son los que más se irritan ante cualquier alteración del órden, y es lógico: si les ha costado tantas verguenzas conseguir su posición ¿cómo queréis que la abandonen sin protesta?

El hábito del ahorro, es el hábito de vivir miserando, para sostener el actual régimen de explotación. Predicar el ahorro para combatir la miseria, es apuntalar el régimen burgués que a veces tambalea.

Yo pienso que debemos vivir sin privaciones; gozar intensamente la vida, y rodearnos de las comodidades que nos sea posible, pues el trabajador tiene derecho también de hacer vida higiénica y saludable. Y viviendo así no le puede sobrar para ahorrar; sino que por el contrario, lo que gana, no le alcanza la mayor parte de las veces, para las necesidades más imprescindibles.

Y aun sin dinero, seremos siempre altivos, por tener conciencia de nuestros méritos y de nuestro valor social como obreros. No nos parece necesario, hacer la vida del topo primero, para luego gallear y blasonar de insolentes, no; nuestro camino es otro: aquilatar valores que nos acrediten como dignos y capaces, y evitar tanto la insolencia inútil, como la sumisión vergonzante.

Finalmente: podrán objetar los del ahorro, que el obrero debía ser previsor previendo los momentos de crisis...

No os preocupe eso: que sea el trabajador consciente es lo que importa; y para esos casos, decimos con Barret: «¿El dinero escasea? Mejor; el que sufre medita; la cadena será abrumadora, y se imaginará con más cuidado el plan de evasión».

Rutilio Ragni.

NOTAS ADMINISTRATIVAS

Elorz.—Pague a «Renovación» un nacional de J. Camerlo, y que aumenten a 6 ejemplares a Ramón Ferreyra.

F. Fonseca.—Pagado a nuestro agente 20 nacionales.

A. Bocotti.—Recibimos un nacional.

Garijo.—Recibimos de S. Perez 5 y de B. Narea 2.

Para todo lo relacionado con nuestro semanario en la República Argentina, diríjanse á nuestro agente: Francisco Elorz, Piedras 1348. —